

## EL COMPLEJO DE INFERIORIDAD

Se quiera reconocer o no, es un hecho que los escasos católicos que todavía asisten a la Misa dominical se aburren durante las homilias que escuchan. Aunque más bien habría que decir aquí durante las homilias que *oyen*, puesto que *escuchar*, lo que se dice escuchar, supone siempre una cierta atención por parte del auditorio. Pero el que asiste al culto dominical, en la inmensa mayoría de los casos, no se siente en absoluto interesado en lo que se le está diciendo.

En cuanto a las razones del fenómeno, una vez estudiado el asunto, es indudable que pueden encontrarse muchas que no eximen de culpa a la audiencia: la crisis de Fe, el paganismo reinante, la descristianización del ambiente, las reformas litúrgicas postconciliares, etc., etc., donde todo va a confluir a lo mismo. Pero, aparte de elaborar un análisis de utilidad para conocimiento de expertos y confección de las estadísticas que suelen presentarse al gran público (generalmente maquilladas), una investigación superficial en cuanto a la posible solución del problema, o al menos a su mejora, no conduciría probablemente a ningún resultado práctico.

Por lo que se hace necesario indagar en las raíces profundas del problema. Aunque, como todo hay que decirlo, es probable que tampoco se consiga nada, aparte de un mejor conocimiento de los hechos. La verdad es que la gente no escucha porque casi todo lo que se le dice es intrascendente y carente de interés. Con bastante frecuencia las exhortaciones de los predicadores discurren por alturas alejadas de la realidad (lo que ordinariamente se denomina *andar por las*

*nubes*), mientras que el Pueblo fiel se queda en tierra.<sup>1</sup> Sería interesante estudiar esta diferencia de planos —líneas paralelas que nunca se encuentran— en los que transcurren las insulsas peroratas de los Pastores, por un lado, y las auténticas preocupaciones del Pueblo de Dios, por otro.

Es un hecho obvio que la predicación se ha degradado, en la misma medida en que el Cristianismo se ha convertido también en algo anodino. La culpa, por supuesto, es del conjunto de los cristianos, por lo que no sería justo cargarla enteramente sobre la Jerarquía eclesiástica. Sólo que aquí, a diferencia de lo que disponían en España las *Ordenanzas de Carlos III* para el Ejército, las cuales atribuían toda la culpa y penalizaban siempre a los de abajo (*se castigará siempre al inferior*, era el estribillo con el que solían terminar casi todas), es imposible dejar de asignar a los Pastores al menos la mayor parte de la responsabilidad con respecto al problema.

Lo primero que llama la atención aquí es una importante y aparente contradicción. Según dice la Carta a los Hebreos, *la palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos y pensamientos del corazón.*<sup>2</sup> Con todo, y pese a ser la Carta a los Hebreos Palabra de Dios inspirada, aún es más contundente lo que dice el mismo Jesucristo: *Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Y sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen. . .*<sup>3</sup>

De ahí la pregunta: según eso, ¿con qué nos quedamos. . .? ¿es *viva* la Palabra de Dios, o es más bien *aburrida*? Y la respuesta no

---

<sup>1</sup>La gente está dispuesta a escuchar, e incluso a pagar, por una conferencia sobre un tema banal y hasta falso (el cambio climático, por ejemplo). Pero, aparte de que los oradores de turno saben hacer interesantes sus engaños, este tipo de situaciones nada tiene que ver con la Pastoral cristiana.

<sup>2</sup>Heb 4:12.

<sup>3</sup>Jn 6: 63–64.

parece difícil de encontrar, puesto que todo tiende a indicar que es precisamente ésta: *todo se debe a que la predicación, por lo general, tiene poco que ver (y a veces nada) con la Palabra de Dios*. Con lo que, llegados a este punto, es casi obligatorio procurar omitir en lo posible los ejemplos personalizados. Por amor de la caridad y también para evitar de paso el escándalo de los débiles.

¿Cómo se ha dado lugar a esta situación...? Precisamente en los momentos en los que el Occidente postcristiano, parte a su vez de un mundo casi pagano en su totalidad, necesitan con más urgencia que nunca —tanto el uno como el otro— la Palabra de Dios.

Para facilitar las posibles respuestas, y a fin de centrar el problema en lo que más nos interesa, procuraremos ceñirnos al Catolicismo. Con respecto a lo cual, la primera consideración que viene a la mente es el hecho indiscutible del *extraordinario y extraño complejo de inferioridad que sufren en la actualidad los Pastores de la Iglesia*; o un gran número de ellos al menos. Claro que esta afirmación, aunque verdadera, anda lejos de responder al conjunto del problema. Para entender lo cual, intentaremos examinar la cuestión a través de diversas capas de profundidad, en la esperanza de lograr un acercamiento gradual al fondo de la situación.

Y en primer lugar, en cuanto al fenómeno del *complejo de inferioridad* en sí mismo. Una realidad ante la cual sería vano negar o poner en duda su existencia.

Se manifiesta de numerosas y muy variadas maneras. Aunque todas coinciden en el procedimiento de escamotear la Palabra de Dios. Lo cual se concreta, a su vez, en dar de lado a los problemas. Para lo que basta hablar exclusivamente de banalidades, sin aludir jamás a realidades que podrían comprometer de alguna manera a quienes se atrevieran a denunciarlas.

El Apóstol San Pablo decía que no sentía vergüenza alguna en proclamar el Evangelio (Ro 1:16); mientras que San Pedro, a su vez,

insistía en que nadie debe avergonzarse de ser cristiano (1 Pe 4:16). Sin embargo, después de transcurridos tantos siglos, la moderna Pastoral Católica ha aprendido el arte de sortear aquellos problemas que pueden resultar espinosos. Mediante el procedimiento, ya se ha dicho, de hablar de cosas indiferentes o de cuestiones diversas, más o menos interesantes, pero en las que no cabe la probabilidad de que alguien se sienta molesto por aludir a ellas. A tal fin, se evita la predicación del Evangelio y se limita el tema de los sermones y homilías a las cuestiones relativas a *pájaros y flores*, como suele decir ahora el lenguaje de la calle.<sup>4</sup>

Según lo dicho, el complejo de inferioridad que padece la Pastoral católica utiliza la conocida práctica de *arrojar balones fuera*. Lo que significa eludir los verdaderos problemas —y tanto más cuanto más grave y urgente sea la necesidad de encararlos— y, en todo caso, puesto que es necesario predicar, hablar de trivialidades, banalidades o de falsos *problemas* que ni afectan ni interesan a nadie.

Un *Mensaje de Navidad* relativamente reciente, firmado por todos los Obispos de la Patagonia, tenía por tema *La protección del medio ambiente*. Ante lo cual es de suponer que cualquier creyente se habrá sentido dispuesto a envidiar la situación del catolicismo en Argentina, como una feliz Arcadia en la que, al parecer, no existen problemas que afecten a la Fe.

En cuanto a los Estados Unidos, ya data de muy antiguo el uso de libros de *anécdotas cómicas* especialmente ideadas para las homilías dominicales. Claro que, tal como suele ocurrir con los productos prefabricados, la homilía tiene que adaptarse al chiste escogido para que ambos *encajen* debidamente; o dicho de otra manera, para que la risa se adapte al contenido de la homilía: —¿o acaso es la homilía la

---

<sup>4</sup>Otro dicho popular antiguo, aplicable también al caso, decía que *hablar del alquitra* es hablar de lo que nadie sabe.

que tiene que adaptarse a la broma?— Sea como fuere, es indudable que el chiste de *fabricación industrial*, dispuesto para dar cuerpo a la homilía, es la más clara expresión de la inanidad de la predicación y de la ausencia de ideas y de sentimientos por parte del predicador. Mientras que los desgraciados asistentes a tales funciones litúrgicas se ríen de la gracia —¿y qué remedio queda?— Al fin y al cabo, más vale reír que llorar.

El complejo de inferioridad pastoral tiene miedo de todo. De molestar al Poder, de oponerse a los criterios establecidos por el mundo (los nuevos dogmas, que ni siquiera necesitan ser definidos), de la reacción negativa de los *media*, de ser tachado de conservador o de tradicionalista, de disgustar a los oyentes, de posibles represalias que quizá comprometan el *status* del que disfruta el predicador de turno, etc., etc. Sucede que, al menos en el presente estado de la Historia del Mundo, el Mal tiene mucho más poder que el Bien —en realidad el Bien parece no tener ninguno—; y siempre ha sido señal de discreción la de pertenecer al bando más seguro. Por otro lado, buena parte de la Jerarquía de la Iglesia padece además otro extraño complejo, subordinado al anterior. Y aquí hay que referirse al temor reverencial hacia todo lo que diga y disponga la Izquierda en general. Tal como están las cosas, si la Izquierda proclama algún día que es falso el teorema de Pitágoras, serán muchos lo que empezarán a pensar que el sabio griego y todos los que han aplicado su principio han estado equivocados durante siglos. Así se explica que, cuando algunos creyeron que la victoria del Comunismo en el mundo era cosa definitiva, se apresuraron a asegurar al Coloso, por todos los medios posibles —incluido un Pacto preconiliar—, que nadie alzaría la voz contra él.

El complejo de inferioridad eclesial está convencido de que nada se puede hacer contra el poder creciente del Mundo. Por eso hablaba

Maritain del *arrodillamiento ante el Mundo*.<sup>5</sup> Y por eso parece ahora cumplirse al pie de la letra lo anunciado en el Apocalipsis para el fin de los tiempos:

*Toda la tierra, admirada, siguió a la bestia. Y adoraron al dragón porque había otorgado el poder a la bestia. También adoraron a la bestia, diciendo:*

*—¿Quién es como la bestia, y quién puede luchar contra ella?*<sup>6</sup>

Y poco más adelante, añade:

*Hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, reciban una marca en la mano derecha o en la frente; para que nadie pueda comprar o vender sino el que tenga la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre.*<sup>7</sup>

De ahí las logomaquias al uso y a las que tantas veces hemos aludido. Palabras y palabras, aunque sin llegar jamás al fondo de algún verdadero problema: ¿Quién se atreverá a enfrentarse al Mundo y a los Poderes? A pesar de que aquí interfiere un asunto delicado que ya fue planteado por el mismo Jesucristo; referido esta vez a la necesidad de predicar el Evangelio (Mc 16:15); sin que pueda considerarse suficiente para ello dedicarse a cuestiones marginales, que nada o poco tienen que ver con su Doctrina. Dicho de otra forma, *la necesidad de predicar las verdades evangélicas*, sin disimulo ni cortapisas.

El Maestro, como se sabe, ya advirtió acerca de aquellos que se avergonzarían de él. Pero no solamente de su Persona, sino también

---

<sup>5</sup>Lo curioso del caso es que lo decía cuando él mismo ya era uno de los que se habían postrado. Su *Humanismo Integral* principalmente, y toda su filosofía, vienen a resumirse en la exaltación del hombre como tal, valorado por primera vez *en sí mismo*, en una independencia que daba de lado (aunque sin negarlo expresamente en la teoría) al teocentrismo que hasta entonces había entendido al hombre como creatura.

<sup>6</sup>Ap 13: 3-4.

<sup>7</sup>Ap 13: 16-17.

de sus palabras: *Porque quien se avergüence de mí “y de mis palabras”, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria.*<sup>8</sup> Lo que nos conduce a aspectos del problema bastante serios y merecedores de especial consideración, puesto que hasta ahora no hemos hecho sino rondar los prolegómenos, pero sin llegar todavía a lo más profundo y preocupante de tan decisiva cuestión.

Nada habría que oponer al hecho de que un Pastor de la Iglesia (de cualquier grado jerárquico) pronunciara una conferencia, discurso, exhortación o cosa semejante, sobre un tema indiferente a su misión propia, o incluso en sí banal. Una lección sobre Arte, Historia, Filosofía, o acerca de cualquiera de los muchos temas que abarcan las Ciencias y las Artes humanas, pongamos por caso. En tales circunstancias, lo importante a tener en cuenta sería la necesidad de no confundir tal actuación con la proclamación del Mensaje cristiano.

Lo normal sería que la parénesis eclesial tenga por objeto adoc-trinar acerca del Mensaje Cristiano. Lo cual adquiere carácter de *obligatoriedad* cuando la instrucción se refiere —o debiera referirse— a verdades *específicas* de la Existencia Cristiana. Como es el caso de las homilías en las Misas (dominicales o no) y de los sermones en las diversas festividades o acontecimientos litúrgicos, entre otros.

Conviene recordar también, para el mejor entendimiento del tema del que hablamos, que la parénesis cristiana (que aquí hemos entendido, a efectos de simplificación, como predicación) puede adoptar formas variadas: exhortación, discurso, conferencia, sermón, homilía, oración fúnebre, etc.

Consideremos, por ejemplo, el tema de una de las exhortaciones pronunciadas por el Papa Benedicto XVI y que tuvimos ocasión de escuchar no hace demasiado tiempo: *Las catedrales europeas como compendio del arte y del espíritu religioso*. Un tema acerca del cual, si

---

<sup>8</sup>Lc 9:26.

nos atenemos estrictamente al objeto tratado en él, no hay necesidad de calificarlo como *específicamente cristiano*. En cuanto a la verdad de su contenido, no es de esperar que nadie vaya a oponer objeción alguna.

Sin embargo, si se profundiza un poco más en el tema tratado, habría que decir que sería difícil, por no decir imposible, calificar esa instrucción como *específicamente cristiana*.<sup>9</sup> Una distinción con frecuencia olvidada pero cuya importancia habría de ser tomada en cuenta; tanto por parte de los Pastores como de los fieles.

La afirmación de que las catedrales europeas son un compendio del arte y del espíritu religioso, con ser cierta, no corresponde propiamente al conjunto de verdades que forman el Depósito de la Fe cristiana. En realidad ni siquiera puede circunscribirse al mundo cristiano u occidental, puesto que es una constatación válida para todas las culturas. Pues lo mismo podría decirse del arte griego —escultura y arquitectura—, por ejemplo. La abundancia de cultos, así como la exuberancia de dioses y diosas greco-romanos, forman parte también del entramado de una religión. Lo que puede hacerse extensivo a la presencia de las Pirámides, al fin y al cabo impresionantes monumentos milenarios del arte egipcio, al mismo tiempo que de las creencias en dioses mitológicos y en Faraones elevados a la categoría de dioses. El hecho de que se trate de religiones falsas (puesto que sólo existe una única y verdadera religión) no las priva de su categoría de religiones (o de lo que el mundo considera como tales), tal como quedó bien establecido en los Encuentros de Asís, llevados a cabo por el Papa Juan Pablo II y luego continuados y elogiosamente evocados por Benedicto XVI, donde ni siquiera se llegó a distinguir

---

<sup>9</sup>Cualquier especulación del espíritu humano, en la medida en que sea realmente científica que es lo mismo que decir verdadera, pertenece al acervo de la Verdad absoluta y es por lo tanto *crisológica*. Pero aquí estamos hablando en términos de Pastoral, y es por eso por lo que añadimos el adjetivo *específico*.

entre la religión del verdadero Dios, las de los falsos dioses, y aun de aquéllas que no creen en ninguno. Por otra parte, un hecho histórico —el de los *Encuentros*— que vino a dejar claro que la milenaria idea del *paganismo* quedó superada a partir del Concilio Vaticano II; dado que, desde ahora, para la Teología católica todas las religiones son reconocidas, si no como a la misma altura que la auténtica, sí como poseedoras de alguno o de algunos valores (los suficientes para salvarse, según el nuevo Ecumenismo).

Como hemos dicho arriba, es evidente que cualquier Pastor tiene derecho a disertar sobre cualquier tema cultural. Pero si se dirige a sus fieles *como Pastor*, debe centrar su discurso en las necesidades espirituales de sus ovejas y en los problemas que las afectan; que son los que constituyen, en último término, la causa que puede conducir las o apartarlas de la salvación. Si no actúa así, y el hecho se convierte en conducta habitual, se crea la ocasión para que alguien piense que el tal Pastor es víctima del complejo de inferioridad.

Si lo dicho hasta aquí apunta al fondo de la cuestión, es que nos enfrentamos a un complejo de inferioridad ante el Mundo y al temor a anunciar el Evangelio. Si bien este tema parece merecer un tratamiento especial que puede conducirnos, por extraño que parezca, a la conclusión de que aún no hemos llegado a la verdadera y última causa del fenómeno.

Los noticieros de la Red de Internet transmiten la siguiente noticia en el momento en que esto se escribe (10 de Diciembre de 2009): *Ocho matrimonios residentes en Salzkotten, Alemania, decidieron no enviar a sus hijos a las clases sobre educación sexual, que son obligatorias en las escuelas del país. Como resultado, primero fueron condenados a pagar abultadas multas, y finalmente fueron sentenciados a prisión... El Presidente de la Institución Cristiana Internacional "Human Rights Group", que se ha hecho cargo de la defensa de estas*

*familias, ha declarado que las autoridades alemanas “consideran que los hijos pertenecen al Estado, al menos mientras permanecen en el Colegio”.*<sup>10</sup> A propósito de esta noticia, el comentarista Pérez Bustamante, en su blog *Cor ad cor loquitur*, comenta también en el mismo día lo siguiente: *Parece mentira que un país que sufrió el nazismo y el comunismo vuelva a incidir en la misma piedra. Yo optaría por emigrar antes que quedarme en una nación así. Y parece mentira que los Obispos católicos alemanes miren para otro lado. Porque, a día de hoy, no se sabe que ninguno de ellos haya salido en apoyo de esas familias. Tampoco la iglesia evangélica oficial (luterana). Quizá teman que el Estado decida suprimir el impuesto religioso y se queden sin financiación. Pero prefiero mil veces una Iglesia pobre y fiel a su misión que una Iglesia rica e imbuida del espíritu de Judas Iscariote.*

O sea, siempre el miedo. A oponerse a los Poderes, a perder financiaciones, a no ser tenido en cuenta por parte de quienes elaboran las listas de ascensos en los diversos escalafones. . . , tal vez a ser tachado de conservador o de reaccionario, enemigo del diálogo, ajeno al *espíritu del Concilio*, etc., etc.; porque aún pueden existir otras razones, como el temor a los pretendidos avances de la ciencia, a la hermenéutica escriturística, a la historiografía, a las oscilaciones de la Política y manejos de los Poderes. . . , y a muchas cosas más.

En último término, el complejo de inferioridad por parte de los Pastores de la Iglesia (desde Cardenales al simple cura de pueblo) se resuelve en *cobardía*. Palabra que, aplicada al caso, no porque suene mal deja de ser verdadera. Pues mientras tanto, las ovejas del Rebaño de Cristo se quedan sin la provisión de buenos pastos, de un lado; y abandonadas ante el peligro del lobo que las dispersa y devora, de otro.

---

<sup>10</sup>Página digital *Infocatólica*, Diciembre 14, 2009.

Si alguien pregunta acerca de la razón de que tales hechos se produzcan, tiene respuesta. Tan cierta y segura como que viene dada por el mismo Jesucristo: *El asalariado, el que no es pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye —y el lobo las arrebató y dispersa—, porque es asalariado y no le importan las ovejas.*<sup>11</sup> Un juicio en el que la importancia de su contenido queda más patente cuando se analizan de cerca los elementos que lo integran:

a): Obra de esa manera el que *no es pastor*.

b): Por no serlo, *tampoco le pertenecen las ovejas*.

c): Huye cuando ve venir el lobo, *porque es un cobarde y solamente le importa su propia vida*.

d): *Es un asalariado*, lo que significa que solamente desempeña su oficio por un interés material mirando a sí mismo, en busca, por lo general, de dinero y poder.

e): En último término, porque *no le importan para nada las ovejas*.

Afirmaciones que, si bien suenan como extremadamente duras, no hay que olvidar que han sido pronunciadas por el mismo Jesucristo.

Por otra parte, una vez admitido, como parece cierto, que una de las raíces de las que se alimenta el complejo de inferioridad es la cobardía, conviene recordar las palabras del Apocalipsis acerca del destino que aguarda a aquéllos que, por temor a lo que sea, declinan el cumplimiento de su deber. Lo que se hace más grave cuando se trata de cosas de las que depende la salvación de las almas: *Los cobardes, incrédulos, abominables y homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.*<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup>Jn 10: 12–13.

<sup>12</sup>Ap 21:8.

Si continuamos investigando acerca de las causas que conducen al complejo de inferioridad eclesial nos encontraremos con la falta de Fe como otra posibilidad. Eventualidad que parece venir confirmada por el mismo Jesucristo:

—*¿Por qué os asustáis? ¿Todavía no tenéis fe?*<sup>13</sup>

Pero como la Fe es hermana y se actualiza por el Amor (Ga 5:6), llegamos a la conclusión de que es este último (o su carencia), la última causa motriz, o la más profunda, del complejo de inferioridad eclesial: se teme, según el Maestro, porque se ha perdido la fe. A su vez, se tiene fe en una persona en la misma medida, y sólo en la medida en que se le profesa amor.

Hemos visto que el abandono que sufren las ovejas del Rebaño de Cristo, por obra de la Jerarquía de la Iglesia que no cumple con el deber de predicar la recta Doctrina, se debe sobre todo a la presencia de un complejo de inferioridad.

Un complejo motivado por el miedo. El cual se origina, a su vez, a causa de la debilidad de la fe y el enfriamiento de la caridad. Por ese camino hemos llegado a la conclusión de que esta última desgracia —el enfriamiento de la caridad— es la causa más profunda del temor y, por lo tanto, del complejo de inferioridad.

Que la cobardía, o el temor, son una consecuencia de la falta de Amor no es una mera opinión personal, sino que es el Apóstol Evangelista quien lo dice: *En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor.*<sup>14</sup> De manera que, si como asegura San Juan, el amor excluye y es incompatible con el temor, la presencia de este último es la demostración segura de que ha desaparecido el Amor.

De ahí que reducir la causa de la falta de alimento espiritual sufrida por los fieles, a un simple complejo de inferioridad por parte

---

<sup>13</sup>Mc 4:40.

<sup>14</sup>1 Jn 4:18.

de la Jerarquía, sería quedarse en la superficie del problema. Hasta aquí hemos analizado el fenómeno, aunque someramente, y hemos visto que ofrece variantes y características además de una pluralidad de causas. Estas últimas aparecen cada vez como más graves y preocupantes, a medida que se manifiestan de modo más profundo y determinante.

Según Jesucristo, la abundancia de la iniquidad es causa concurrente en cuanto al enfriamiento de la caridad (Mt 24:12). El lamentable fenómeno del que venimos hablando, y que hoy padece tan fuertemente la Iglesia, no se reduce a una mera actitud temerosa por parte de la Jerarquía. Sino que debe ser atribuido al Mal, escrito esta vez con mayúscula, en plena manifestación de su Poder y en completa libertad de actuación. Que es el que, a través de sus múltiples sicarios (Sociedades secretas, Gobiernos, Partidos Políticos, Instituciones, medios de comunicación, etc.), está moviendo los hilos con gran efectividad y pleno éxito. El cáncer de la Iniquidad, cada vez más extendido en el mundo, incluso ha penetrado y ha infectado también el Cuerpo de la Iglesia; de tal forma que la Esposa de Cristo está sufriendo el mayor ataque de su historia y, por esa misma causa, una crisis más grave y peligrosa que las producidas en su día por la herejía arriana o la protestante.

Con todo, los cristianos siempre pueden y deben confiar en la promesa del Señor en cuanto a que las Puertas del Infierno no prevalecerán (Mt 16:18). Por lo que siempre poseerán la seguridad de que la Iglesia no puede desaparecer. Lo inquietante, sin embargo, a la vista de la gravedad de los hechos, de la anarquía casi universal y de la profunda confusión reinante, se refiere ahora a la dificultad de buscarla. Sabemos que la Iglesia sigue ahí, en efecto, puesto que no puede haber desaparecido ni desaparecerá jamás; pero, ¿dónde se encuentra exactamente...? Pues todo parece indicar que, ante el

silencio de gran parte de la Jerarquía, la diversidad de doctrinas (a menudo contrarias) predicadas por unos y por otros o discutidas por los teólogos, el hecho de que el Magisterio anterior al Concilio haya sido puesto en duda (y como consecuencia, también el posterior), la práctica desaparición del principio de autoridad, el cisma *de facto* (no reconocido oficialmente, pero real) producido en algunos países con respecto a Roma, el cuestionamiento de casi todos los dogmas por parte de la Nueva Teología, al que hay que añadir su *descubrimiento* de que todos los hombres son cristianos desde el primer momento de su existencia (el *cristianismo anónimo*), así como la pretendida validez para la salvación de todas las religiones... , etc., etc., habría que formular la misma pregunta de San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos?*<sup>15</sup>

Sin embargo, pese a la gravedad de los hechos y a todas las apariencias, amén de los argumentos negativos que se puedan aportar, siempre los cristianos podrán contar con la suprema verdad contenida en el grito triunfal del Apóstol San Juan: *Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe;*<sup>16</sup> y más aún todavía, con la misma promesa del Señor: *Yo estaré con vosotros, todos los días, hasta la consumación del tiempo.*<sup>17</sup> Y así será también, pues de otro modo la promesa acerca de la derrota final de las Puertas del Infierno quedaría incumplida. En cuanto a la esperanza de que la Iglesia llegue a gozar algún día de abundancia de Pastores dispuestos a conducir valientemente el Rebaño, es de saber que, también sobre este punto, existe una garantía dada por el Señor: *Rogad al dueño de la mies para que envíe operarios a su mies.*<sup>18</sup> Bastaría pues con la verdadera

---

<sup>15</sup> Jn 6:68.

<sup>16</sup> 1 Jn 5:4.

<sup>17</sup> Mt 28:20.

<sup>18</sup> Lc 10:2.

oración, cuando los cristianos al fin se decidan a hacerla. Y siempre con el recuerdo puesto en Abrahán, que supo esperar contra toda esperanza (Ro 4:18) y no quedó defraudado.